

El eslabón esencial de esta cadena, el pilar sobre el que se asienta todo lo demás, es, sin duda alguna la familia, definida en nuestras leyes como “la instancia socializadora básica, activadora del desarrollo armónico de la persona”

La sociedad actual demanda, a la vista de tantos y nuevos condicionantes, una nueva visión que ayude a diseñar de manera integral un marco en el que se interrelacionen de modo coherente atención, educación y protección a nuestros menores.

Debe asentarse la idea de la acción combinada, la suma de fuerzas: escuela, familia, entidades locales, agentes sociales, para conseguir, no sólo la salvaguarda de los derechos de los niños, sino también la atención inmediata y profunda a las situaciones que provocan grandes sufrimientos a los menores y sobre los que la sociedad, representada de manera ejemplar en sus poderes públicos, debe actuar de modo rápido y eficaz.

El eslabón esencial de esta cadena, el pilar sobre el que se asienta todo lo demás, es, sin duda alguna la familia, definida en nuestras leyes como “la instancia socializadora básica, activadora del desarrollo armónico de la persona”, debe ocupar un lugar esencial en el desarrollo del menor, en su formación y, por supuesto, en su educación. Obviamente, no hay recetas mágicas que permitan resolver las múltiples circunstancias que pueden darse con los niños y adolescentes, pero, sin duda, sí hay un denominador común: el papel crucial que ha de jugar la familia en la vida de los menores.

Como primera instancia socializadora y entorno en el que el menor se siente seguro, querido y arropado, **la familia constituye la vía más importante para transmitir esos valores que deben regir su vida: la solidaridad, el compromiso, la responsabilidad, la tolerancia, el respeto, por los demás y por uno mismo... Y sólo desde ahí, podremos construir.**

Pero la realidad demuestra que muchos padres se enfrentan a serias dificultades para afrontar la educación de sus hijos; a veces, por problemas coyunturales, que se resuelvan con inmediatez, pero otras veces, la mayor parte de ellas, por la dificultad de compatibilizar la vida laboral con la familiar. Esto es un hecho relativamente reciente, fruto de las nuevas relaciones sociales y laborales, especialmente



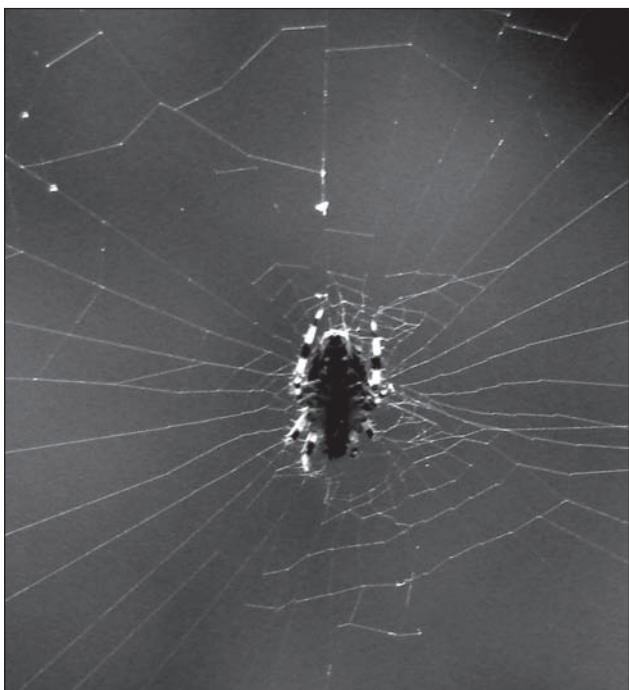
la incorporación de la mujer al trabajo, y está provocando que, cada vez más, la educación de los menores quede en manos de la escuela, de los profesores; los padres se inhiben de ella de manera preocupante, y no sólo a favor de la escuela: habitualmente también delegando en personas dedicadas al cuidado de los niños, ajenas a la familia y que, en muchas ocasiones, no tienen la cualificación necesaria para el desarrollo de esta importante tarea.

En otras ocasiones, la televisión y las consolas se convierten en una especie de niñera electrónica a la que el niño se conecta durante horas. Es espectacular el cambio que se ha producido en el ocio de los menores, marcado sin duda por un “boom” tecnológico que ha inundado de tecnología las horas de juego de los niños.

El segundo eslabón de esta cadena sería la educación ya que es la plataforma básica de desarrollo de la persona, la garantía para la igualdad de oportunidades y la plataforma de un desarrollo sostenido. Pero el ámbito escolar, como fiel espejo de la sociedad en que vivimos, refleja algunos problemas que son necesarios conocer y atajar de forma efectiva.

Uno de estos problemas es el absentismo escolar; no basta con que los niños estén matriculados en las escuelas al inicio del curso escolar, no es garantía suficiente ni puede considerarse que estén plenamente integrados, ya que muchos de ellos no siguen posteriormente su proceso de escolarización normal.

Otro de los problemas con los que se enfrenta la educación en los últimos tiempos, es el de la ruptura de la convivencia en las aulas.



Como primera instancia socializadora y entorno en el que el menor se siente seguro, querido y arropado, la familia constituye la vía más importante para transmitir esos valores que deben regir su vida: la solidaridad, el compromiso, la responsabilidad, la tolerancia, el respeto, por los demás y por uno mismo... Y sólo desde ahí, podremos construir.

No podemos hablar de que haya violencia, pero sí de crecientes situaciones de deterioro de la convivencia que habría que atajar lo antes posible, incorporando recursos que permitan analizar las causas de esta circunstancia e impulsen la tolerancia en la escuela.

Un tema que ha ocupado y preocupado ampliamente a la Institución del Defensor del Menor ha sido el consumo de alcohol y drogas en los jóvenes.

Es cierto que nuestra cultura es, en cierto modo, una cultura de alcohol. Desde niños, por nuestra idiosincrasia propia, convivimos con el alcohol, pero la realidad es que nuestros jóvenes cada vez beben antes, y beben de manera más compulsiva, no sólo bebidas fermentadas, sino también, en grandes cantidades, bebidas destiladas.

Respecto al consumo de otras drogas, es fundamental enviar mensajes a todos los menores, especialmente desde el punto de vista preventivo, reservando recursos específicos para las poblaciones de riesgo.

En este objetivo todos los implicados deben actuar de manera unida y coordinada: Administración, familia, entorno educativo, medios de comunicación..., de manera que se

puedan generalizar los programas preventivos de consumo de drogas, incluyendo en los mismos el alcohol y el tabaco. Pero paralelamente a los mensajes preventivos, ha de desarrollarse también una cultura de ocio y tiempo libre alternativo a la asociada al consumo de drogas, especialmente en los horarios nocturnos. Se trata de prepararlos para que sean ellos quienes rechacen las drogas, en una sociedad en la que cada vez hay más disponibilidad de ellas.

Son muchos y de muy hondo calado los temas de los que podemos hablar en relación con los menores, porque es el suyo un mundo apasionante y complejo, desgraciadamente aún muy desconocido para la sociedad en general. Por eso considero que el primero de nuestros compromisos ha de ser conseguir hacer visible a la infancia, escucharla, atenderla.

En este sentido me gustaría felicitar, una vez más, a la Asociación Proyecto Hombre, cuya labor en la atención a los menores con problemas de adicción es innegable, e indispensable en nuestra sociedad; como también es indispensable su trabajo en torno a la prevención, en el que se apoyan muchos padres, educadores y trabajadores sociales.



Factores de protección en la familia en el ámbito de la adolescencia

GONZALO MUSITU OCHOA. PSICÓLOGO

Universidad Pablo Olavide (Sevilla).

Se podría decir que la adolescencia supone una transición evolutiva en la que el sujeto debe hacer frente a numerosos cambios. Una de las diferencias entre este periodo y otras etapas del desarrollo evolutivo, es el número de cambios a los que el adolescente se debe enfrentar, así como la brevedad y rapidez de los mismos. Todas estas transformaciones se articulan en tres grandes áreas: cambios en el desarrollo físico o biológico, en el psicológico

y en el desarrollo social. Esos cambios normativos que experimenta el adolescente también generan cambios en los grupos o microsistemas en los que se desarrolla y con los que interactúa, entre ellos su familia. En este artículo quisiera subrayar el papel que cumple la familia en el bienestar de los adolescentes para lo cual voy a proponer un modelo con el que llevamos trabajando muchos años. (Ver: www.uv.es/lisis).



EL APOYO SOCIAL

La adolescencia se caracteriza por los cambios físicos, la expansión del horizonte cognitivo y la existencia de responsabilidades y demandas no presentes en estadios previos del desarrollo. Además, el adolescente está implicado en un proceso de consolidación de su identidad: *“el adolescente busca una imagen que no conoce en un mundo que apenas comprende, con un cuerpo que está descubriendo”*. Asimismo, durante esta etapa de la vida la red social se amplía y posibilita que la persona obtenga estima y aceptación de otras relaciones sociales ajenas a su círculo familiar. En concreto, el grupo de iguales –la pandilla, la banda, la peña– se convierte en el laboratorio social más importante y llega a ser considerado por el adolescente como su principal apoyo. Sin embargo, el grupo de iguales también puede suponer una fuente de estrés, puesto que la conformidad puede ser, en ocasiones, vital para la aceptación. Esta conformidad se refleja en la ropa, los gustos, las conductas y el lenguaje que comparten estos adolescentes, pudiendo llegar a ser muy fuerte la presión que algunos adolescentes perciben en relación con la posesión de una determinada imagen personal, forma atlética o nivel de consumo.

Esta búsqueda del adolescente de nuevos escenarios sociales en los que desarrollarse tiene que ver igualmente con el incremento de los conflictos en su círculo familiar. **Un conflicto que** se ha explicado en distintos términos: (1) **como una búsqueda de mayor autonomía e independencia** -a menudo incompatible con los intereses y demandas familiares-; (2) como una **etapa del desarrollo mental en el adolescente en la que predomina la mirada del adolescente hacia adentro, más que hacia fuera** –es un proceso normal que, sin embargo, muchos padres viven como un problema porque creen que a sus hijos les pasa algo-; (3) como una **progresiva interiorización de las restricciones existentes en la convivencia familiar**; o, finalmente, (4)

Los educadores en resolución de conflictos trabajan por un mundo justo y pacífico en donde los ciudadanos actúan de forma responsable y civilizada en sus interacciones y en sus procesos de resolución de disputas.

como un rechazo del joven a los dictados y valores paternos en favor del grupo de iguales. Cualquiera que sea la explicación por la que se opte, lo cierto es que durante la adolescencia **las relaciones padres-hijos varían de forma significativa y, con frecuencia, entran en conflicto**. En este sentido, debemos tener presente que el adolescente está pasando por momentos difíciles; por una parte, está viviendo dificultades con sus padres y, por otra, está sintiendo una fuerte presión grupal. Ambas circunstancias generan tensión y estrés en los adolescentes. Es importante que los padres sean comprensivos y tolerantes, no permisivos ni autoritarios, y traten por todos los medios a su alcance de demostrar a sus hijos que ellos están ahí para todo lo que necesiten. Normalmente, los padres dicen que “predican en el desierto”. No es así, pronto o tarde, los hijos acabarán por reconocer todo lo que sus padres están haciendo por ayudarles. Es cuestión de paciencia y de saber esperar.

Lo importante es que los padres presten atención a su hijo cuando la necesite; que le demuestren afecto; que lo elogien de manera concreta; que le muestren aprobación cuando se relacione bien con los demás; que le respeten sus amistades y le den la oportunidad de que las reciba en casa, demostrándole de esta manera su apoyo; que compartan sus sentimientos con él y le expresen cómo les afectan las cosas; que compartan intereses, aficiones y algunas de sus preocupaciones con su hijo adolescente y, si es posible, que pasen algún tiempo solo con él/ella, sin que las necesidades de otros miembros de la familia le sirvan de distracción.

Hay que tener presente que las situaciones estresantes durante la adolescencia pueden llevar a problemas psicológicos si el chico o chica no es capaz de mantener el apoyo social procedente de su familia. Un momento evolutivo verdaderamente difícil si consideramos que durante esta etapa se suceden constantes ensayos sobre nuevas